

La Televisión

Sergio Contardo E.

1. Es bastante difícil definir la televisión. La mayoría de las definiciones que de ella se han dado resultan o inapropiadas o unilaterales. Hasta hay quienes la llaman, simplemente “la caja idiota”. En vista de esta dificultad, no intentaremos formular por nuestra parte otra definición, al menos, una definición que cumpla con las exigencias tradicionales de la lógica. Nos contentaremos, para empezar, con decir algo muy obvio: la televisión es un medio de comunicación social.

Esta afirmación puede tomarse marcando el acento en las palabras “medio” o en “comunicación social”. Y según sea el caso, nos movemos en contextos bastante diferentes. En el primero estamos ante algo muy objetivo, fundamentalmente técnico, que se genera dentro de los misterios naturales de la electrónica, que requiere del concurso de un muy elevado número de personas para funcionar y que es capaz de realizar el prodigio de producir imágenes sonoras y visuales en un aparato que colocamos dentro de nuestra casa. Este medio, hasta hace algunos años verdaderamente inaudito, ejerce una enorme influencia en el modo de vivir de nuestra generación. Su influencia es discutida por médicos y psicólogos pero, pese a las críticas y a las objeciones, se extiende lenta e implacablemente a lo largo de todo el territorio.

Si lo miramos desde el ángulo de la “comunicación social” nos encontramos que a través de él alguien puede comunicar algo a una cantidad indeterminada, casi indeterminable, de personas que reciben ese mensaje, que lo aceptan, lo rechazan, lo critican o lo absorben. Y el mensaje entra, por los ojos y por los oídos, en forma permanente; podríamos parodiar la frase famosa: transmitir, transmitir, que siempre algo queda.

Supuesto lo anterior, y colocándonos siempre en los terrenos de Pero Grullo, diríamos que considerada la televisión en el primer aspecto, sólo nos queda admirar el ingenio de sus descubridores y perfeccionadores, rindiendo nuestra cuota de alabanza hacia las maravillas del progreso científico y técnico. Si nos ponemos en el segundo, caben todos los juicios valorativos, que ya no van hacia el instrumento en sí sino hacia el contenido que a través de él se transmite. Y en este aspecto interesa hacer algunas consideraciones.

2. La primera de ellas es la siguiente: ¿podemos incluir a la televisión dentro del arte? Para muchos esto suena a herejía. ¿La televisión junto a la poesía, a la música, al drama, al ballet, a la arquitectura, al cine...? Parece exagerado. Ya escuchamos algunas opiniones: basta con mirar algo de lo que sale en

las pantallas para contestar de inmediato en forma negativa. Incluso está bastante generalizado el prejuicio de que un intelectual, un artista, no puede rebajarse a mirar televisión. ¿Son justificadas estas opiniones?

La situación no es tan sencilla. Porque, incluso, debemos tener presente que aun cuando dejemos de lado el aspecto de "comunicación social" nos encontraremos con que para que ese "medio" funcione como es debido, no puede someterse exclusivamente a ciertas exigencias técnicas. En su operación, deben respetarse ciertas normas, ciertas reglas que permitirán que el producto resulte aceptable, cualquiera que sea la intencionalidad de su contenido. Hay allí una actividad que, sin temor, nos atrevemos a denominar artística. Veamos algunos detalles.

No puede aparecer en nuestros televisores una imagen si en el estudio o en el lugar desde donde se está transmitiendo, no se posee una iluminación adecuada. Pero esta función de iluminar no se cumple con el solo hecho de disponer de la cantidad de luz que las exigencias físicas y técnicas señalan; esa es la base, pero sobre ella hay toda una labor creativa en la que intervienen las personas encargadas de la transmisión a través de la cual se traducen intenciones, se destacan elementos, se crean ambientes, se producen cambios de tiempo y de lugar, y muchos otros efectos. Sólo con el elemento luz. A ello agreguemos el sonido, desde el simple ruido hasta la música más compleja, todo debe manejarse cuidadosamente para obtener determinados resultados, y ello no significa sólo disponer de cierta cantidad de micrófonos o de tocadiscos; como en el caso de la luz, ellos son los medios físicos indispensables, con los que se construye algo, se "hace" algo. Y para no detallar excesivamente, digamos que una cosa análoga

ocurre con los materiales que constituyen la escenografía y la utilería, con el maquillaje apropiado, con la utilización correcta de filmaciones y otros elementos gráficos, etc.

Un papel fundamental es el de las cámaras de televisión. Ellas desempeñan una función que tiene algo de una cámara fotográfica, algo de una cámara de cine y algo, o mucho, de un ojo humano. Porque la función de la cámara no es sólo "ver" sino que "percibir", es decir, ver en el contexto en que se presenta el fenómeno que se mira. Así como no se dan sensaciones puras sino percepciones, en las que la unidad del sujeto reúne un sinnúmero de elementos psíquicos, tales como recuerdos, imaginaciones, deseos, sentimientos, etc., así la cámara capta en tal forma que lo que transmite no es un simple objeto sino éste en "su circunstancia". Ello se logra por medio del uso adecuado de los distintos lentes, los diversos planos, las aproximaciones y alejamientos, la sobreimposición de imágenes y muchos otros efectos por medios de los cuales y en combinación con los elementos antes indicados, se logra un resultado que el espectador sólo aprecia en su conjunto. Cuando todo esto no se ha manejado apropiadamente, cuando la mano del director es torpe o su imaginación limitada, ello se aprecia y el espectador reacciona negativamente.

Sobre la base de lo anterior creemos que es justo sostener que esta labor de conjunto es una labor artística. Sólo que bastante inusual y compleja. Porque el pintor tiene sus pinturas, el poeta su pluma, el músico su partitura y con ellas compone su obra. En este caso los elementos son muchos, las personas que los usan también son numerosas, reducidas a la unidad por la acción del director, y la obra se va realizando en el tiempo, en

el momento, en cada segundo de la transmisión; es una obra artística que, en cierto modo, se va creando ante los ojos del espectador como la orquesta va creando la sinfonía a medida que los instrumentos suenan bajo la batuta del director de orquesta. Y queremos insistir que esto se realiza cualquiera sea el contenido que se comunica.

Hay, entonces, un resultado, una "obra" que es lo que aparece en la pantalla. Esa obra obedece a ciertas normas racionales que la enderezan y conducen. Y nos parece que, de acuerdo con un pensamiento muy tradicional, en eso, justamente, consiste el arte.

Claro está que, aun cuando aceptemos lo anterior, quedan muchos puntos por esclarecer, porque las explicaciones que antes señalamos no son suficientes para muchos, especialmente para aquellos que están dotados de una alta sensibilidad artística.

3. Más de alguien, y seguramente con buenos fundamentos, sostendrá que hacer una obra artística, en el sentido que hemos precisado, es algo común a una gran cantidad de actividades humanas, que va desde la llamada "artesanía" hasta los productos industriales tales como una lavadora, una juguera o un automóvil. Entendido así, no se discute ni habría casi interés en hacerlo, el que el producto de la televisión es una obra artística. Pero hay una gran distancia entre ese tipo de obra y la obra que produce el poeta, el músico, el pintor, el escultor, etc., las cuales si bien participan genéricamente de los requisitos de la anterior, tienen una diferencia que las caracteriza como una especie particular. Esas obras son "bellas". Y es, justamente, la belleza que encierran la que les concede su especial dignidad y las coloca en una categoría valórica muy superior a las otras. Dicho en forma muy sim-

ple: hay una diferencia esencial entre las artes y las bellas artes. Supuesta esta distinción, se da como evidente que la televisión no cae dentro de estas últimas.

Grave y difícil problema, como todos los que giran alrededor de la belleza. ¿Quién podría definirla? Y una definición parecería indispensable para orientarnos en estas materias.

Un hombre de tanta sabiduría como Santo Tomás de Aquino nos dejó esta breve afirmación: "bello es lo que visto agrada". Tomada la expresión "visto" no sólo como el producto de la operación de los ojos, en su sentido estricto, sino como sinónimo de lo captado sensiblemente, de lo intuido por los sentidos. Esto supone un cierto tipo de conocimiento, no meramente intelectual, que es cosa sólo de la inteligencia, sino del complejo psíquico-sensible-intelectual. Es un agrado, algo que produce un placer por el hecho de ser intuido. Y a esta breve fórmula agregaba el mismo inteligente autor, que la belleza requería tres condiciones: integridad o perfección, debida proporción y claridad o esplendor de la forma. La reunión de estos elementos esenciales hacen que la obra sea bella; que vista, agrade. Y entonces no son ni su utilidad práctica, ni su razón de vehículo para transmitir un contenido los que hacen surgir de ella ese valor, la belleza, que es captado intuitivamente y con ello, gozado estéticamente, sino su propia naturaleza sin relación a otras consideraciones u objetivos ajenos a ella.

Estas afirmaciones, que posiblemente pueden ser discutidas y que obviamente necesitarían ser mejor explicadas para su cabal comprensión, nos parecen muy propias de la sabiduría del Aquinate y bastante esclarecedoras del tema que estamos intentando analizar. Porque ello significa que lo que nos agrada en una obra "útil" cuando la vemos no es lo que nos

agrada en una obra "solamente" bella; en la primera hay otros aspectos: su funcionalidad, su comodidad, etc., que forman parte del contexto y que la hacen apreciar como tal, sin perjuicio de que, además, la encontremos bella; en el segundo caso no hay nada de eso: la obra es simplemente bella por lo que es en sí sin otra referencia. Esto no significa, en consecuencia, un minus-valor para las primeras, como suelen reclamar muchas personas, sino simplemente un tipo diferente de apreciación, de captación y de valoración.

Y bien, ahora viene la pregunta: ¿y dónde colocamos a la televisión? Para intentar una respuesta, quizás debamos volver al comienzo de estas líneas, recordando que caracterizamos la televisión como un medio de "comunicación social". Como tal sirve de vehículo para un sinnúmero de contenidos que a través de ella se comunican. Esa variedad de contenidos es la que nos conducirá a juzgar desde puntos de vista diferentes. Basta revisar la programación de un canal de televisión para darse cuenta de la diversa actitud valorativa que hay que tener frente a sus varios tipos de programas. Un programa informativo, un foro político, un partido de fútbol, una película, un "show" musical, un concierto de cámara, un teleteatro, una teleclase... Esta enumeración basta para comprender las diferencias esenciales que se dan entre una clase y otra de programas y cómo el juicio del espectador, para ser correcto, debe aplicar normas muy diferentes en cada caso. Verdad ésta muy elemental pero que suele ser muy olvidada.

Queremos seleccionar un ejemplo que puede servir para reflexionar sobre él. El teleteatro es una forma de realización dramática que exige del director una actividad creativa especial: está dada la obra en su texto, están los actores, está

el director de escena y están los elementos materiales necesarios: escenografía, utilería, maquillaje, iluminación, etc. Sin embargo, esto no es suficiente; el teleteatro no es simplemente la realización de una obra dramática tal como puede presentarse en un escenario, aunque ello puede hacerse pero nos lleva a otra cosa: la transmisión de una obra de teatro. En nuestro caso hay una labor de creación del director, de tal manera que toda la actuación, la ambientación, la caracterización, etc., produzcan un efecto artístico tal que verdaderamente se logre comunicar algo que, visto, agrade, no por razones extrínsecas a la obra sino por su propio valor. Se utilizarán elementos y técnicas propias del teatro, otras que ha creado el cine, pero ninguna de ellas es suficiente: hay algo más que, en este caso, no dudamos en llamar "arte" en su sentido estricto. Hay la creación de una obra "bella".

No sucede lo mismo si pensamos en la transmisión de un partido de fútbol o de un foro político. En estos casos hay esa exigencia artística de orden general que más arriba señalamos pero no la intención de crear una obra bella. Las finalidades son muy diferentes: ofrecer un espectáculo de diversión, o de información política, con los cuales se realizan otras de las finalidades propias de la televisión como medio de comunicación social pero no se está en la categoría de lo propiamente estético o artístico en sentido restringido. Los juicios valorativos, en estos programas deben, necesariamente, ser fundados en otros elementos.

Estas someras explicaciones nos hacen ver que la función comunicadora de la televisión tiene diversas facetas y en cada una de ellas es preciso aplicar criterios diferentes. No tiene sentido excluirla sin más del mundo de lo artístico, pe-

ro tampoco podemos incluirla en la totalidad de sus realizaciones. Es posible que esta distinción no agrade a muchos y tampoco resuelva las objeciones, pero estimamos que es correcta y se ajusta a la realidad de un medio que, en muchos aspectos, busca todavía su propio lenguaje.

Y sobre esto último queremos añadir algunos breves comentarios. Cada especie de arte tiene sus formas propias de expresión. La televisión, por su compleja estructura, debe usar muchas de esas formas. En cierto modo, ninguna le es extraña. Sobre esto se ha teorizado mucho y se han formulado muy diversas teorías. Se ha dicho que es fundamentalmente su lenguaje un lenguaje de imágenes. Y con ello, muchas veces, se piensa sólo en las imágenes visuales. Es cierto que en nuestra época, en cierto modo, hay un predominio de la imagen visual y algunos hablan de que vivimos en la civilización de la imagen. Pero no podemos olvidar que las imágenes no son sólo visuales, por una parte y, por otra, que dichas imágenes visuales siempre han sido un elemento fundamental de la cultura. Con esto sólo queremos decir que en la televisión desempeñan papeles fundamentales tanto las imágenes visuales como las auditivas, ambas se complementan, se ayudan y refuerzan mutuamente y, según el tipo de programa, prima la una sobre la otra. En esto no caben dogmatismos ni afirmaciones demasiado tajantes, pues ellas pueden rápidamente ser desmentidas por los hechos. Ocurre algo análogo a lo que sucede en el cine: es verdad que se ha creado un "lenguaje" del cine esencialmente visual, y de él aprovecha mucho la televisión; pero no es menos cierto que ese lenguaje utiliza en gran forma lo auditivo sea como expresión oral, co-

mo música, como ruidos o, incluso, y con gran efecto, como silencios.

Es evidente que en aquellas transmisiones que no tienen una intencionalidad directamente estética la imagen visual aporta un elemento fundamental: pensemos en la diferencia entre un foro radial y uno de televisión, y comprenderemos la importancia de ver los rostros, las expresiones y reacciones de los participantes que dan un valor de inmediatez inmenso y una fuerza enorme a lo que se comunica. Bien saben esto los publicistas que utilizan la televisión para efectuar la propaganda de sus artículos. Pero no olvidemos la importancia que tienen en estas labores tanto la voz humana como los sonidos musicales y de toda índole que hacen posible el efecto completo de lo que se busca al transmitir.

4. Creemos que las distinciones que hemos hecho pueden servir para tranquilizar los espíritus de quienes miran con desagrado el que se hable de "televisión educativa", como también rechazan los términos de "cine educativo". Si colocamos a la televisión, en su totalidad, dentro de la categoría de las "bellas artes", para expresarnos en la forma tradicional, este rechazo sería bastante comprensible. Porque pensamos que un poeta o un pintor o un músico verían con mucho desagrado que se adjetivara su arte con el término "educativo". En la televisión, sin embargo, las cosas no son tan tajantes.

Sería muy largo entrar en disquisiciones sobre lo que es la educación y cuáles son sus finalidades. La pedagogía moderna se ha hecho más comprensiva y sabe que la educación es un proceso integral de crecimiento humano que va mucho más allá de las lecciones que se reciben en una sala de clase. Y ese proceso vital incluye la incorporación a la persona no sólo de fríos conocimientos inte-

lectuales sino también de innumerables vivencias estéticas, éticas, religiosas, etc., que asimiladas por el sujeto lo hacen madurar y lo ayudan a lograr su correcta estatura humana, su verdadera calidad de persona. Y la persona es una sustancia completa, de naturaleza racional, que bajo el predominio de la razón ha logrado o intenta lograr la unidad de todas sus potencialidades, físicas, psíquicas y espirituales, en una síntesis lo más acabada posible. Para ello asimila y goza de los diversos valores que el desarrollo de la vida, de la cultura, de la civilización le ofrecen. La educación verdadera tiene todo esto presente y, en cierto modo, nada humano le es ajeno. Y tampoco la televisión.

Es casi seguro que que aquí nos toparemos con objeciones análogas a las planteadas cuando decíamos que la obra televisiva es una obra artística. Y quizás en este caso con mayores fundamentos. Muchas veces lo hemos oído de boca de padres de familia y de educadores: la televisión es negativa para la educación de nuestros hijos o alumnos, los acostumbra a la pasividad, los aliena, los torna perezosos, los aleja de la lectura, les deforma el sentido estético, incluso, les hace mal para su salud física. Estos temas han sido muy debatidos, incluso dentro de la propia televisión y a través de diversos programas. Hasta resulta un poco fastidioso volver sobre ellos. Trataremos de encarar el problema en una forma amplia.

Pensamos que cualquier juicio general, como: "la televisión es buena o es mala", resulta falso. En primer lugar porque es imprescindible formular una serie de distinciones, algunas de las cuales ya hemos indicado en líneas anteriores. En segundo lugar, porque los juicios que sobre ella se formulen deben ser diferenciados según la naturaleza del pro-

grama de que se trate. En tercer lugar, porque la televisión no puede tomarse como un bloque compacto, ya que nadie elabora una programación de 12 horas diarias pensando que una persona está las doce horas sentada en un sillón frente al receptor.

Estas observaciones parecen fundamentales o, si se quiere, elementales. Sobre esta base, podría discutirse si la televisión resulta positiva o negativa frente a la educación y si es lícito hablar específicamente de una televisión educativa.

Empecemos por lo positivo. Hay hechos que casi no admiten discusión. Un gran número de programas que se transmiten a través de la televisión tienen por objeto informar sobre la actualidad del país y del mundo entero; otros tienden a divulgar obras artísticas, tales como música, selecta o folklórica, teatro, danzas, pinturas, etc.; otros pretenden entretener a través de espectáculos en los que se incluyen los más variados elementos artísticos, cómicos, etc. Este conjunto de espacios, debidamente seleccionados, constituyen, a nuestro juicio, un aporte positivo para el desarrollo del individuo, en tanto cuanto le permiten hacerse una idea más real del mundo en que vive, de su problemática, de sus valores, de sus inquietudes. Este enriquecimiento contribuirá a que, dentro de evidentes limitaciones, logre ciertos conocimientos y vivencias que de otro modo difícilmente alcanzaría. Su mejor o peor aprovechamiento dependerá de múltiples circunstancias externas al hecho mismo televisivo: situación ambiental, familiar, posibilidad de comentarios y críticas para acentuar el juicio propio, etc. Pero es ésta una ambigüedad que va entrañada en toda obra humana. Bien saben los educadores que incluso una misma obra artística puede servir para el desarrollo

estético de unos o para la incentivación de instintos desordenados en otro. En el sentido señalado podemos afirmar que la televisión cumple con una finalidad educativa, impartida a través de espacios de formatos e intenciones muy diferentes entre sí. Preocuparse porque estos espacios sean más en número y mejores en calidad es no sólo intentar el mejoramiento de la televisión en cuanto tal sino que contribuir a que sea, en mayor escala y en forma más eficiente, un agente de educación.

Pero, además de lo anterior, es posible poner ciertos aspectos de la televisión al servicio directo de la educación. Esto es no sólo lícito sino altamente conveniente. Con ello no se traiciona la naturaleza del medio que, como vimos, es susceptible de ser vehículo de muy diferentes contenidos. Sería traición si se manipulara torcidamente una obra de arte para hacerla cumplir con determinadas exigencias de tipo ideológico. Pero no lo es el mostrar, limpiamente, esa obra, para que a través de su conocimiento, ayudado muchas veces por un prudente comentario que contribuya a su mejor comprensión y valoración, se haga, en definitiva, una labor educativa. Como tampoco lo es el dedicar ciertos espacios, directamente, a cooperar con el proceso educativo formal, sistemático, que se realiza en la escuela o en el liceo. Esto es utilizar el medio para una finalidad directamente educativa y ya hemos dicho que la naturaleza de la televisión lo permite sin violentarla ni desnaturalizarla. Esta labor es lo que se denomina "televisión educativa". ¿Por qué podemos censurarla o desdeñarla?

Dijimos más arriba que empezáramos por lo positivo. Sobre lo negativo casi no nos interesa extendernos porque es lo que siempre se repite sobre la televisión. Hay limitaciones evidentes que costará mu-

cho superar, como es, por ejemplo, la necesidad de incorporar a la programación películas cinematográficas, seriadas o no, que muchas veces contienen aspectos deplorables en especial por el exceso de violencia o por la divulgación de modos de vida ajenos a nuestra realidad y bastante sofisticados. Hay deficiencias debidas a carencia de elementos o de medios económicos suficientes. Hay deficiencias, y estas son más graves, por el mal uso del medio, sea por sectarismo o por sujeción a determinadas ideologías políticas. Hay aspectos que pueden ser negativos si los padres o los educadores no se preocupan de lo que ven sus hijos. Pero todo esto es susceptible de arreglo si cada uno aporta la cuota de responsabilidad que le corresponde. Y en todo caso, no constituye una objeción válida que descalifique al medio como un extraordinario vehículo de comunicación social.

En estos últimos años se ha intensificado una crítica a la televisión que ha sido elaborada, principalmente, por determinados sociólogos. Ella se refiere a la connotación ideológica que, consciente o inconscientemente, lleva en sí todo mensaje televisivo. Los análisis realizados son, sin duda, interesantes y finos. Se ha hecho observar que un programa, aun cuando no tenga una intencionalidad expresa de transmitir cierto contenido ideológico, de hecho lo transmite porque el medio en que se desarrolla, el tipo de relaciones sociales o de estructuras que presenta como normales, son las relaciones y estructuras propias de una sociedad capitalista. Como consecuencia de ello, aún cuando se alegue la neutralidad ideológica del programa, éste está transmitiendo un cierto tipo de valoración que se inculca en la mente del espectador, la mayor parte de las veces en forma casi inconsciente. La

consecuencia lógica de estos análisis es no sólo una agudización de la posición crítica, sino un intento de cambiar esos contextos a través de una programación que sea la avanzada, la vanguardia de una posición sociopolítica. Esto, que en cierto modo ha inspirado el llamado arte de "protesta", en forma más sutil debería introducirse para sustituir esa inevitable penetración ideológica, casi subliminal, por otra que corresponda a los valores que aprecia el que formula la crítica.

Como en todas estas materias, tales críticas tienen su parte positiva y su parte negativa. Es verdad que toda obra humana, toda obra artística y toda obra bella, quiéralo o no su autor, trasunta un cierto tipo de realidades que son las que constituyen el ambiente en que el autor o los autores desarrollan su existencia. Y es verdad que, muchas veces, esto conduce a una falsificación de valores auténticos y a una determinada infiltración ideológica. Esta es la parte positiva de tales teorías que debe tomarse en consideración tanto para juzgar el producto televisivo cuanto para elaborar una programación.

Pero también es cierto que toda obra humana está necesariamente sometida a esa limitación. Bastaría con una revisión de la historia del arte para darse cuenta de ello en forma obvia. Y aun cuando el artista sea un creador que con su intuición, en cierta medida, se adelanta a su época, nunca podrá liberarse de una realidad que es en la que vive y en la que realiza su obra. Y esa realidad, quiéralo o no, se reflejará en ella. Y, además, lo que es más importante, el hecho de ha-

ber visto estas limitaciones no justifica el que se use de ellas sólo para darles un signo distinto. Porque ello significa que se ha descubierto una influencia que se estima negativa, no porque atente contra la libertad de juicio y de discriminación de la persona, sino porque el contenido ideológico que se infiltra por ella no es el que se desea infiltrar. Eso es lo negativo de tales críticas que, como insinuamos, suelen estar muy teñidas de una determinada posición política. Cuando esto ocurre tenemos el triste espectáculo de intentar cambiar una televisión que se estima "alienante", por otra que lo es igualmente, pero ahora con un signo contrario. Nos parece que lo que cabe es una posición alerta, honesta, que trate de superar esas inevitables limitaciones orientando la programación, en sus diversas formas, por los verdaderos valores que conforman nuestro ser nacional y nuestras convicciones éticas. Evitar un uso torcido de un elemento que puede transformarse en un verdadero veneno colectivo.

Y con esto terminamos. El tema puede ser objeto de muchas observaciones. Pero las cosas simples que hemos indicado merecen ser recordadas. No estamos ni ante una panacea universal ni ante una caja idiota. Se trata de un medio que se está desarrollando, que incluye en sus variadas formas tanto lo estrictamente artístico como lo educativo, que tiene posibilidades ilimitadas y que requiere de una utilización eficiente y honesta. Ese es el gran desafío, porque los avances no pueden detenerse y lo importante es que sean encarados con esas virtudes.